



Chip to Chip

Por Eduardo Sartelli

Blade Runner es un clásico del cine de ciencia ficción (y, probablemente, de cualquier otro género). El drama que presenciamos a lo largo de toda la película está protagonizado por no-humanos (“replicantes”), robots cuya similitud con hombres y mujeres comunes y corrientes resulta asombrosa. Y sin embargo, es un drama completamente humano: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿cuánto tiempo viviremos? Para resolver el problema, los replicantes retornan a la tierra en busca de su creador, al que terminan matando. La idea de la “rebelión de las máquinas” es un tema recurrente en el mundo de la ciencia ficción y uno de los tópicos más comunes para explicar el apocalipsis humano que parece amenazar al planeta cada dos por tres. Véase, si no, *Terminator*. Si algo ha ayudado a reavivar esos temores es Internet (junto, quizás, con la biotecnología y el proyecto genoma humano).

Pero esas ideas, permanentemente recreadas, no sólo son viejas (piénsese en *Frankenstein*) y superficiales (lo que los marxistas llamamos *fetichismo*: adjudicarle a las cosas un poder autónomo, propio, que en realidad deviene de las relaciones entre los seres humanos en las que esos objetos están insertos), sino que no son las únicas que se desarrollan en torno a la red de redes. Igual que en los comienzos de la revolución industrial, a la agria mirada de los críticos se le contrapone la dulce simpatía de los apologistas. Así es como nuestro propio Presidente de la Nación ha adherido al credo en boga, según el cual Internet es la panacea que va a resolver todos los males argentinos. Es así como viajó a la Meca del chip, ese pedacito de arena atado con alambre, acompañado de los gurúes locales del universo.com, los creadores de El Sitio o Patagon.com. Estos jóvenes “emprendedores” y “exitosos”, de los cuales Wenceslao Casares es el “top del fashion”, son los émulos de los grandes dioses del Olimpo-net: un Bill Gates (Zeus, sin duda), Steve Jobs (Ares, por lo menos) o un Steve Case (Mercurio, casi seguro), montados cada uno en su propia empresa-reino (Microsoft, Apple y American On Line, respectivamente).

La realidad suele ser bastante más cruel. Según *Clarín* (aplaudamos a Silvia Naishtat por un artículo inteligente y bien escrito) unos 20.000 empleados (¿diremos “obreros” o nos dará vergüenza?) laboran en las punto.com argentinas. Trabajan una



cantidad indefinible de horas por día (más de 10 seguro). Los salarios son cualquier cosa menos lo que uno espera, porque el chiste es cobrar parte del sueldo en acciones que sólo pueden efectivizarse luego de varios años en la empresa. La informalidad en la vestimenta (la ridiculez, digo yo) y la costumbre de comer pizza es parte de la leyenda, así como la supuesta independencia de criterio y capacidad de decisión autónoma. También son leyenda los “campus” al estilo Microsoft: lo común son escritorios de aglomerado separados por placas, también de aglomerado, en pisos sin alfombra ni color verde en las ventanas porque en lugar de dar a un parque, las “fábricas” se construyen en sótanos. La foto que “ilustra” el artículo, ilustra verdaderamente bien: unos al lado de otros, como ratones en un laberinto tratando de obtener comida cliqueando un, vaya la paradoja, *mouse*. Los obreros (a mí no me da vergüenza, por eso lo escribo sin comillas) de mundo *net* son, en general, muy jóvenes y fácilmente explotables, captados como están por la sugestión de la riqueza fácil.

En realidad, las cosas ya no son lo que eran: el sueldo inicial de un programador común y corriente ha venido descendiendo de unos años a esta parte, a medida que la competencia entre la masa creciente de “compu-boys” comienza a hacer estragos. Como en cualquier otro sector de la producción capitalista (¿producción, dije?), cuando una industria (¿industria, dije?) se encuentra en los momentos iniciales, se necesitan obreros (sí, dije obreros) especializados, artesanos, dueños de un conocimiento especial que incluso ellos mismos han creado. Repetimos, para el lector que siga estas columnas: los programadores y otros especialistas del mundo informático se hallan en la etapa manufacturera del desarrollo de la industria. El momento en el que el capital todavía no subordina más que formalmente al trabajo (¿al trabajo, dije?). Esa es la razón por la que los obreros informáticos (¿?) tienen, todavía, cierta ventaja, sobre todo en el aún abierto mundo de Internet. El desarrollo lógico e histórico del dominio del capital sobre el trabajo lleva a la subordinación real, proceso que se está llevando a cabo delante de nuestras narices. El desplome del Nasdaq, el índice que sigue las acciones tecnológicas (de las cuales los “sitios” han sufrido más que ninguna otras), inaugurará una depuración profunda de las empresas. Amazon ha tenido pérdidas millonarias (390, para ser más precisos, en 1999) a pesar de tener más de 17 millones de clientes y de mover cerca de 2.000 millones de dólares. ¿Qué podríamos decir de El Sitio, el portal de la megaestrella argentina, Roberto Cibrián Campoy? Al salir a la bolsa de Nueva York, en diciembre de 1999, alcanzó una valuación de 1580 millones de dólares. Para fines de abril del corriente, valía 260 millones. El resultado: las empresas *net* han comenzado a



reestructurarse y a echar personal, a rebajar salarios y apretar los dientes (de sus empleados). Muchos de los que pensaban ilusionados en un futuro de ricos, sobre la base de las acciones de las compañías para las que trabajan por dos pesos, han visto como la parte imaginaria de su sueldo se hundía en un agujero negro, muy negro.

La peor de las ilusiones es, sin embargo, la creencia en que la fundación de “sitios” es la llave para sacar a la Argentina del último mundo y, de paso, desagotar la desocupación. La tonta idea de que cualquier cholito del norte, con una computadora en su escuela (que tal vez carezca de electricidad), puede transformarse en Jerry Yang, el creador de Yahoo! Y, sin embargo, es la última de las brillantes ideas que nuestro Presidente, su Vice y el remodelado Caputo, nos invitan a creer. Ya son varios los que, en el mundo, están fabricando sus propios “Silicon Valley”, como la Ciberjaya, creada por el gobierno malayo. Para América Latina la cosa se complica, porque si hay un lugar donde es posible que el mundo de habla castellana se amontone en discos duros, ese es Miami. Que ofrece entre otras ventajas, telecomunicaciones más baratas y eficientes, acceso más cercano al financiamiento yanqui y mano de obra capacitada. Un mini-Silicon Valley que habla en español, según el Financial Times.

Muchos de los desplazados en y por la informática, muertos sus sueños, se sumarán a la horda de fanáticos del apocalipsis tecnológico, renegando de las máquinas y sus perversos designios. Fetichismo dijimos: igual que los luditas, que destruían las máquinas de la revolución industrial creyendo que con ello destruían la causa de sus males, los “replicantes”, seducidos y abandonados, se volverán a su creador preguntando: ¿por qué yo, acaso hice algo mal? En el paroxismo de la crisis llegarán las cuestiones más profundas: ¿quién soy, acaso no ya un promisorio-joven-futuro-millonario? ¿De dónde venimos, hacia dónde vamos? Sin respuestas, atribuirán a los objetos las potencias que corresponden a las relaciones. Y tal vez, de esa crisis salga una capa proletaria extremadamente entrenada, inteligente y crítica. Pero para eso, será necesario mirar la realidad directamente, cara a cara. Chip to chip.